

Cuentos inolvidables según Julio Cortázar

Ambrose Bierce

León Tolstói

Truman Capote

*Felipeberto
Hernández*

*Katherine
Mansfield*

*Jorge Luis
Borges*

*Juan Carlos
Onetti*

*Edgar
Allan Poe*

*Leonora
Carrington*

En este volumen se reunieron en una única lista los muy diversos cuentos que Cortázar calificó de «inolvidables» en épocas sucesivas. La base para la elección la forman, desde luego, sus famosos ensayos-conferencia.

Prólogo

Carlés Álvarez Garriga

El gusto y el juicio —las dos armas de la crítica— cambian con los años y aun con las horas: aborrecemos en la noche lo que amamos por la mañana.

OCTAVIO PAZ, *La casa de la presencia*

Es plausible suponer que si Julio Cortázar decidió no cerrar la lista de cuentos inolvidables que enunció en su conferencia «Algunos aspectos del cuento» («y así podría seguir y seguir...»), fue porque sabía que las listas entrañan provisionalidad, y un lector abierto a las novedades en casi todos los géneros no iba a atarse al compromiso de una nómina excluyente.

En torno a finales de la década de 1960, Cortázar dejó de ser el autor secreto que se había ido de Buenos Aires tras publicar un volumen de relatos que apenas leyeron cuatro afines al Surrealismo, ese desconocido del gran público que pudo encerrarse a escribir su más célebre novela en el primer piso de una casa de París que había sido una caballeriza, al fondo de un patio arbolado que aún visita un pájaro migratorio, un día al año y todos los años. Desde que la fama lo alcanzó —está por ver si, como ha indicado Piglia, ése no fue su gran drama—, su parecer era requerido en todos los debates y uno de sus ensayos podía impulsar un libro tan difícil como *Paradiso*. También, y he ahí el aspecto negativo, lo interrogaban día y noche sobre una u otra quisicosa ideológica, a tal punto que él mismo llegó a

bromear diciendo que, de ir al cielo cuando muriera, estaba seguro de encontrar a San Pedro esperándolo en la puerta con esas mismas preguntas.

Tanta popularidad tuvo como consecuencia inmediata que títulos de sus obras fueran usados en rótulos comerciales (galerías de arte llamadas *Rayuela*; clubes de jazz, *El perseguidor*), mientras nombres de sus personajes servían para bautizar mascotas o incluso personas. El éxito propició asimismo la cantidad de entrevistas concedidas, sea por responsabilidad política sea por voluntad docente, gracias a las cuales sabemos su opinión sobre casi cualquier asunto; material que, sumado a la correspondencia editada (y a la todavía inédita que pronto ha de publicarse), ofrece un perfil intelectual bastante preciso.

Así las cosas, si no se pretende un volumen que llene por sí solo todo el estante, hay que tratar de conciliar en una única lista los muy diversos cuentos que calificó de «inolvidables» en épocas sucesivas. La base para la elección la forman, desde luego, los famosos ensayos-conferencia *Algunos aspectos del cuento*, *Del cuento breve y sus alrededores*, *Notas sobre lo gótico en el Río de la Plata* y *El estado actual de la narrativa en Hispanoamérica*.

Para empezar, de entre los cuentos citados en los textos anteriores es razonable excluir «Los caballos de Abdera», de Lugones, y «La pata de mono», de W. W. Jacobs, porque ya estaban en la antología de la literatura fantástica de Borges, Bioy y Silvina Ocampo. También puede excluirse «La casa de azúcar», de esta última, puesto que en una carta a Jean Andreu (uno de sus críticos más sagaces) Cortázar confesaba haberlo olvidado.

En cuanto a Borges, cualquier lector —como cualquier hijo de vecino..., como cualquier hijo de vecino que haya leído a Borges, se entiende— da por hecho que Cortázar tenía varios cuentos borgeanos memorables. En «Algunos aspectos del cuento» menciona «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius»; en «Del cuento breve y sus alrededores», «Las ruinas

circulares»; en «El estado actual de la narrativa en Hispanoamérica», «La biblioteca de Babel» y «El milagro secreto»; hablando con González Bermejo se acuerda de «El jardín de senderos que se bifurcan»; en otra entrevista habla de «La muerte y la brújula»; en otra más, de «La casa de Asterión». Por la fecha en que lo leyó y por su significación indudable, elegimos «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», representativo de esa temprana lección de rigor y concisión estilística que Cortázar decía deberle.

De Edgar Allan Poe, cuyo descubrimiento en la infancia fue «la gran sacudida», ¿qué relato elegir? En «Algunos aspectos del cuento» menciona «William Wilson» y «El corazón delator»; en «Del cuento breve y sus alrededores», «El barril de amontillado»; en «Notas sobre lo gótico en el Río de la Plata», «La caída de la casa Usher», «Ligeia» y «El gato negro»; en otras partes se refiere a «El pozo y el péndulo» o a «Berenice». Por su tema, puesto que como ha escrito Jaime Alazraki (otro de sus mejores críticos) casi toda la narrativa de Cortázar toca directa o indirectamente el tema del doble, elegimos «William Wilson».

Surge entonces un primer problema: ¿cómo mostrar que era un lector de gustos tan diversos que, aun inmune a las historias de ciencia-ficción, admitía como «relato admirable» «El color que cayó del cielo», de H. P. Lovecraft?, ¿cómo mostrar la variedad cronológica y geográfica de sus preferencias? Es cierto que sentía predilección por los cuentistas de habla inglesa. («Voy a tener que resignarme a convenir en que los cuentos breves son patrimonio de los sajones. Después de Faulkner, Hemingway, Bates, Chesterton y la joven escuela yanki, no queda nada que hacer», escribía en una carta de 1939). Dado que tenemos ya a Poe, para atenuar el predominio estadounidense habrá que renunciar a Hemingway, de quien prefería «Cincuenta de los grandes» y «Los asesinos», puesto que hemos sido incapaces de suprimir «Un recuerdo de Navidad», de Truman Capote —un cuento de infancia como muchos de los mejores

de Cortázar—, y dado que tampoco hemos podido descartar la fantástica sorpresa final de «El puente sobre el río del Búho», de Ambrose Bierce.

Para equilibrar, conviene incluir también un relato clásico, uno de esos largos textos del siglo XIX que los puristas no llaman cuento sino *nouvelle* y a los que Cortázar dedicaba relecturas y estudio. Se acordaba siempre de Guy de Maupassant. Hablaba de «Bola de sebo» y en una de sus primerísimas narraciones («Distante espejo») ya había jugado con el argumento de «El Horla». Ambos textos son muy conocidos así que recogeremos otro de una estética similar citado en «Algunos aspectos del cuento»: «La muerte de Iván Ilich», de León Tolstoi, cuya trama recuerda —entrelíneas, y he aquí un bonito tema de análisis— a la de otro de los elegidos: «Un sueño realizado», de Juan Carlos Onetti.

Felisberto Hernández fue asimismo una de sus mayores reivindicaciones: «“La casa inundada” o “Las hortensias” o “Nadie encendía las lámparas” son textos que “ya quisiera haber escrito yo”», dijo en una entrevista. Escogemos «La casa inundada» porque en el prólogo a un libro de cuentos de Cristina Peri Rossi anotó que el día en que se logre la recopilación definitiva del cuento fantástico «se verá que muchos de los que pueblan para siempre la memoria medrosa de la especie se cumplen en torno a una casa».

Para terminar, y para no olvidar que fue un lector muy atento de escritoras, elegimos «Conejos blancos», de Leonora Carrington («Me acuerdo de un cuento estupendo, “Lapins Blancs”, *et vous savez que je suis quelque peu l’amateur de lapins*», escribía de joven a un amigo), y «Éxtasis», de Katherine Mansfield, de quien dijo en una de sus últimas entrevistas: «Escribió relatos admirables. No responden a mi noción de cuento pero me gustan mucho; simplemente yo no los hubiera escrito así».

Imaginar cómo los hubiera escrito es un ejercicio de nostalgia; nostalgia por el gran escritor y nostalgia por el gran lector. También lo es pensar en un hecho que ha con-

tado Aurora Bernárdez, su viuda y heredera: tocado ya de muerte, decidió que el último sitio que quería volver a visitar era un edificio donde había sido muy feliz más de treinta años atrás. Un amigo los llevó en coche. Cortázar no pudo subir las escaleras. Ella sí. «Julio —le dijo después—, todo está igual». El lugar, que aún conserva aquellas sillas en las que el joven escritor pasó algunos de los momentos más dichosos de su vida, leyendo acaso los inolvidables cuentos que siguen, es la vieja Biblioteca del Arsenal, de París.

El puente sobre el río del Búho

Ambrose Bierce

I

Desde un puente de ferrocarril, en el norte de Alabama, un hombre miraba correr rápidamente el agua veinte pies más abajo. El hombre tenía las manos detrás de la espalda, las muñecas atadas con una cuerda; otra cuerda, anudada al cuello y amarrada a un grueso tirante por encima de su cabeza, pendía hasta la altura de sus rodillas. Algunas tablas flojas colocadas sobre los durmientes que soportaban los rieles le prestaban un punto de apoyo a él y a sus ejecutores —dos soldados rasos del ejército federal bajo órdenes de un sargento que, en la vida civil, debió de haber sido subcomisario. No lejos de ellos, en la misma plataforma improvisada, estaba un oficial del ejército llevando las insignias de su grado. Era un capitán. En cada extremo había un centinela presentando armas, o sea con el caño del fusil por delante del hombro izquierdo y la culata apoyada en el antebrazo cruzado transversalmente sobre el pecho, posición poco natural que obliga al cuerpo a mantenerse erguido. A estos dos hombres no parecía concernirles lo que ocurría en medio del puente. Se limitaban a bloquear los extremos de la plataforma de madera.

Delante de uno de los centinelas no había nada a la vista; la vía férrea se internaba en un bosque a un centenar de yardas; después, trazando una curva, desaparecía. Un poco

más lejos, sin duda, estaba un puesto de avanzada. En la orilla, un campo abierto subía en suave pendiente hasta una empalizada de troncos verticales con troneras para los fusiles y una sola abertura por la cual salía la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. A media distancia de la colina entre el puente y el fortín estaban los espectadores: una compañía de soldados de infantería, en posición de descanso, es decir con la culata de los fusiles en el suelo, el caño ligeramente inclinado hacia atrás contra el hombro derecho, las manos cruzadas sobre la caja. A la derecha de la línea de soldados estaba un teniente, con la punta del sable tocando tierra, la mano derecha encima de la izquierda. Excepto los tres ejecutores y el condenado en el medio del puente, nadie se movía. La compañía de soldados, frente al puente, miraba fijamente, hierática. Los centinelas, frente a las márgenes del río, podían haber sido estatuas que adornaban el puente. El capitán, con los brazos cruzados, silencioso, observaba el trabajo de sus subordinados sin hacer el menor gesto. Cuando la muerte anuncia su llegada, debe ser recibida con ceremoniosas muestras de respeto, hasta por los más familiarizados con ella. Para este dignatario, según el código de la etiqueta militar, el silencio y la inmovilidad son formas de la cortesía.

El hombre que se preparaban a ahorcar podría tener treinta y cinco años. Era un civil, a juzgar por su ropa de plantador. Tenía hermosos rasgos: nariz recta, boca firme, frente amplia, melena negra y ondulada peinada hacia atrás, cayéndole desde las orejas hasta el cuello de su bien cortada levita. Usaba bigote y barba en punta, pero no patillas; sus grandes ojos de color gris oscuro tenían una expresión bondadosa que no hubiéramos esperado encontrar en un hombre con la soga al cuello. Evidentemente, no era un vulgar asesino. El liberal código del ejército prevé la pena de la horca para toda clase de personas, sin excluir a las personas decentes.

Terminados sus preparativos, los dos soldados dieron un paso hacia los lados, y cada uno retiró la tabla de madera sobre la cual había estado de pie. El sargento se volvió hacia el oficial, saludó, y se colocó inmediatamente detrás del oficial. El oficial, a su vez, se corrió un paso. Estos movimientos dejaron al condenado y al sargento en los dos extremos de la misma tabla que cubría tres durmientes del puente. El extremo donde se hallaba el civil alcanzaba casi, pero no del todo, un cuarto durmiente. La tabla había sido mantenida en su sitio por el peso del capitán; ahora lo estaba por el peso del sargento. A una señal de su jefe, el sargento daría un paso al costado, se balancearía la tabla, y el condenado habría de caer entre dos durmientes. Consideró que la combinación se recomendaba por su simplicidad y eficacia. No le habían cubierto el rostro ni vendado los ojos. Examinó por un momento su vacilante punto de apoyo y dejó vagar la mirada por el agua que iba y venía bajo sus pies en furiosos remolinos. Un pedazo de madera que bailaba en la superficie retuvo su atención y lo siguió con los ojos. Apenas parecía avanzar. ¡Qué corriente perezosa!

Cerró los ojos para concentrar sus últimos pensamientos en su mujer y en sus hijos. El agua dorada por el sol naciente, la niebla que pesaba sobre el río contra las orillas escarpadas no lejos del puente, el fortín, los soldados, el pedazo de madera que flotaba, todo eso lo había distraído. Y ahora tenía conciencia de una nueva causa de distracción. Borrando el pensamiento de los seres queridos, escuchaba un ruido que no podía ignorar ni comprender, un golpe seco, metálico, que sonaba claramente como los martillazos de un herrero sobre el yunque. El hombre se preguntó qué podía ser aquel ruido, si venía de muy cerca o de una distancia incalculable —ambas hipótesis eran posibles—. Se reproducía a intervalos regulares pero tan lentamente como las campanas que doblan a muerte. Aguardaba cada llamado con impaciencia y, sin saber por qué, con aprensión. Los silencios se hacían progresivamente más largos; los retar-

dos, enloquecedores. Menos frecuentes eran los sonidos, más aumentaba su fuerza y nitidez, hiriendo sus oídos como si le asestaran cuchilladas. Tuvo miedo de gritar... Lo que oía era el tic-tac de su reloj.

Abrió los ojos y de nuevo oyó correr el agua bajo sus pies. «Si lograra libertar mis manos —pensó— llegaría a desprenderme del nudo corredizo y saltar al río; zambulléndome, podría eludir las balas; nadando vigorosamente, alcanzar la orilla; después internarme en el bosque, huir hasta mi casa. A Dios gracias, todavía está fuera de sus líneas; mi mujer y mis hijos todavía están fuera del alcance del puesto más avanzado de los invasores».

Mientras se sucedían estos pensamientos, aquí anotados en frases, que más que provenir del condenado parecían proyectarse como relámpagos en su cerebro, el capitán inclinó la cabeza y miró al sargento. El sargento dio un paso al costado.

II

Peyton Farquhar, plantador de fortuna, pertenecía a una vieja y respetable familia de Alabama. Propietario de esclavos, se ocupaba de política, como todos los de su casta; fue, desde luego, uno de los primeros secesionistas y se consagró con ardor a la causa de los Estados del Sud. Imperiosas circunstancias, que no es el caso relatar aquí, impidieron que se uniera al valiente ejército cuyas desastrosas campañas terminaron por la caída de Corinth, y se irritaba de esta sujeción sin gloria, anhelando dar rienda libre a sus energías, conocer la vida más intensa del soldado, encontrar la ocasión de distinguirse. Estaba seguro de que esa ocasión llegaría para él, como llega para todo el mundo en tiempos de guerra. Entre tanto, hacía lo que podía. Ningún servicio le parecía demasiado humilde para la causa del Sud, ninguna aventura demasiado peligrosa si era compatible con el carácter de un civil que tiene alma de soldado y que con toda buena fe y sin demasiados escrúpulos admite en buena parte este refrán francamente innoble: en el amor y en la guerra, todos los medios son buenos.

Una tarde, cuando Farquhar y su mujer estaban sentados en un banco rústico, cerca de la entrada de su parque, un soldado de uniforme gris detuvo su caballo en la verja y pidió de beber. La señora Farquhar no deseaba otra cosa que servirlo con sus blancas manos. Mientras fue a buscar un vaso de agua, su marido se acercó al jinete cubierto de polvo y le pidió con avidez noticias del frente.

—Los yanquis están reparando las vías férreas —dijo el hombre— porque se preparan para una nueva avanzada.

Han alcanzado el puente del Búho, lo han arreglado y han construido una empalizada en la orilla norte. Por una orden que se ha fijado en carteles en todas partes, el comandante ha dispuesto que cualquier civil a quien se sorprenda dañando las vías férreas, los túneles o los trenes, deberá ser ahorcado sin juicio previo. Yo he visto la orden.

—¿A qué distancia queda de aquí el puente del Búho?
—preguntó Farquhar.

—A unas treinta millas.

—¿No hay ninguna tropa de este lado del río?

—Un solo piquete de avanzada a media milla, sobre la vía férrea, y un solo centinela de este lado del puente.

—Suponiendo que un hombre —un civil, aficionado a la horca— esquive el piquete de avanzada y logre engañar al centinela —dijo el plantador sonriendo—, ¿qué podría hacer?

El soldado reflexionó.

—Estuve allí hace un mes. La creciente del último invierno ha acumulado gran cantidad de troncos contra el muelle, de este lado del puente. Ahora esos troncos están secos y arderían como estopa.

En ese momento la dueña de casa trajo el vaso de agua. Bebió el soldado, le dio las gracias ceremoniosamente, saludó al marido, y se alejó con su caballo. Una hora después, caída la noche, volvió a pasar frente a la plantación en dirección al Norte, de donde había venido. Aquella tarde había salido a reconocer el terreno. Era un soldado explorador del ejército federal.

III

Cuando cayó al agua desde el puente, Peyton Farquhar perdió conciencia como si estuviera muerto. De aquel estado le pareció salir siglos después por el sufrimiento de una presión violenta en la garganta, seguido de una sensación de ahogo. Dolores atroces, fulgurantes, atravesaban todas las fibras de su cuerpo de la cabeza a los pies. Se hubiera dicho que recorrían las líneas bien determinadas de su sistema nervioso y latían a un ritmo increíblemente rápido. Tenía la impresión de que un torrente de fuego atravesaba su cuerpo. Su cabeza congestionada estaba a punto de estallar. Estas sensaciones excluían todo pensamiento, borraban lo que había de intelectual en él: sólo le quedaba la facultad de sentir, y sentir era una tortura. Pero se daba cuenta de que se movía; rodeado de un halo luminoso del cual no era más que el corazón ardiente, se balanceaba como un vasto péndulo según arcos de oscilaciones inimaginables. Después, de un solo golpe, terriblemente brusco, la luz que lo rodeaba subió hasta el cielo. Hubo un chapoteo en el agua, un rugido atroz en sus oídos, y todo fue tinieblas y frío. Habiendo recuperado la facultad de pensar, supo que la cuerda se había roto y que acababa de caer al río. Ya no aumentaba la sensación de estrangulamiento: el nudo corredizo alrededor de su cuello, a la par que lo sofocaba, impedía que el agua entrara en sus pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río! Esta idea le pareció absurda. Abrió los ojos en las tinieblas y vio una luz encima de él, ¡pero de tal modo lejana, de tal modo inaccesible! Se hundía siempre, porque la luz disminuía cada vez más hasta

convertirse en un pálido resplandor. Después aumentó de intensidad y comprendió de mala gana que remontaba a la superficie, porque ahora estaba muy cómodo. «Ser ahorcado y ahogado —pensó—, ya no está tan mal. Pero no quiero que me fusilen. No, no habrán de fusilarme. Eso no sería justo».

Aunque inconsciente del esfuerzo, un agudo dolor en las muñecas le indicó que trataba de zafarse de la cuerda. Concentró su atención en esta lucha como un espectador ocioso podría mirar la hazaña de un malabarista sin interesarse en el resultado. Qué magnífico esfuerzo. Qué espléndida, sobrehumana energía. Ah, era una tentativa admirable. ¡Bravo! Cayó la cuerda: sus brazos se apartaron y flotaron hasta la superficie. Pudo distinguir vagamente sus manos de cada lado, en la luz creciente. Con nuevo interés las vio aferrarse al nudo corredizo. Quitaron salvajemente la cuerda, la arrojaron lejos, con furor, y sus ondulaciones parecieron las de una culebra de agua. «¡Ponedla de nuevo, ponedla de nuevo!».

Le pareció gritar estas palabras a sus manos porque después de haber deshecho el nudo tuvo el dolor más atroz que había sentido hasta entonces. El cuello lo hacía sufrir terriblemente; su cerebro ardía; su corazón, que palpitaba apenas, estalló de pronto como si fuera a salirse por la boca. Una angustia intolerable torturó y retorció su cuerpo entero. Pero sus manos desobedientes no hicieron caso de la orden. Golpeaban el agua con vigor, en rápidas brazadas, de arriba abajo, y lo sacaron a flote. Sintió emerger su cabeza. La claridad del sol lo encegueció; su pecho se dilató convulsivamente. Después, dolor supremo y culminante, sus pulmones tragaron una gran bocanada de aire que inmediatamente exhalaban en un grito.

Ahora estaba en plena posesión de sus sentidos; eran, en verdad, sobrenaturalmente vivos y sutiles. La perturbación atroz de su organismo los había de tal modo exaltado y refinado que registraban cosas nunca percibidas hasta entonces. Sentía los cabrilleos del agua sobre su rostro, escu-